

María nos enseña a compartir Solidaridad cristiana



Domingo 2 del tiempo ordinario

Juan 2, 1-11: *En Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos*

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: “No tienen vino.” Jesús le responde: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.”

Dice su madre a los sirvientes: “Haced lo que él os diga.” Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: “Llenad las tinajas de agua.” Y las llenaron hasta arriba. “Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.” Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: “Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.” Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

Reflexión

1. El modelo de la sociedad ideal, de la Nación de Dios es la familia: ante Dios todos los hombres somos hijos suyos y hermanos entre nosotros.

Pero si miramos y comparamos este mundo y nuestro pueblo, entonces nos surgen preguntas:

¿Por qué Dios no trata igual a todos sus hijos?

¿Por qué hay diferencias tan grandes entre ellos?

¿Por qué hay hermanos de primera y segunda clase en la familia de Dios?

2. Estas diferencias no dependen sólo de Dios; dependen también de los hombres. Sin duda, hay cosas que dependen de Dios. Por ejemplo, en cada familia se encuentran unos hijos más inteligentes que otros, unos con más iniciativa que el resto, unos más sanos que otros. En una sociedad no podrán desaparecer nunca estas diferencias que provienen de las dotes o del mérito personal de cada uno.

Pero si queremos un país de hermanos, tenemos que asegurarle a todos la igualdad de posibilidades: por ejemplo, igualdad de alimentación, de vestimenta, de educación. Esto significa una sociedad en la que no existan grupos privilegiados de ningún tipo.

3. Para ser hermanos en Cristo y aliados de la Virgen María hay que saber compartir.

Saber compartir no sólo nuestra fe y nuestra esperanza en Él, sino también los bienes materiales. El hombre no es un espíritu puro. Por eso su amor tampoco puede ser puramente espiritual: tiene que expresarse visiblemente, en hechos.

Es una ley del amor, el dar, el regalar. Mientras mayor es el amor, mayor es lo que uno está dispuesto a entregar y compartir. En ello vemos el grado de amor a la Mater y a los hermanos.

Los cristianos, si queremos ser hombres nuevos en Cristo, estamos llamados a amar a los demás como Cristo los amó.

Y sabemos lo que Cristo compartió y regaló a los hombres: ¡todo! Él dio su propia vida, compartió hasta su Cuerpo y sangre, que convirtió en alimento y en bebida de salvación para nosotros.

Sin una voluntad heroica de compartir no habrá hombres nuevos. Los primeros cristianos así lo comprendieron y trataron de vivir entre ellos una solidaridad total, hasta compartir sus riquezas materiales. Fue ese amor, probado con obras, lo que les dio su irresistible poder de conquista.

4. Saber compartir es un deber de cristianos. Ningún cristiano puede permanecer tranquilo mientras haya niños que no tienen que comer, jóvenes sin posibilidades de instruirse, hombres que carecen de trabajo, ancianos pasando los últimos años de su vida en una resignada desesperación

Los que tenemos y ganamos más, tenemos que estar dispuestos a tener menos y ganar menos para que los más pobres tengan más. Pero no se trata solamente de dar limosnas. Se trata también de renunciar a cualquier privilegio. Se trata de aceptar que los más favorecidos sean los más pobres.

Si cumplimos con este deber, entonces comprenderemos, que el compartir es también fuente de profunda alegría. “Más alegría hay en dar que en recibir”, nos dice el Señor.

La solidaridad con Dios, con María y con los hombres es la única riqueza que sacia nuestro corazón y que le da sentido a la vida.

Es, también, la única forma de evitar el destino y la condenación del rico epulón.

5. La Santísima Virgen lo sabía y por eso toda su vida consistió en dar, en darse y en compartir. Nos entregó sin mezquindad el tesoro de su vida: Jesucristo. Renunció a la dicha de tenerlo junto a Ella en Nazaret, para que Él pudiera predicar su Evangelio. Renunció a sus privilegios de Madre y no insistió nunca en aparecer en primera fila junto a Él.

En la única fiesta en que los vemos juntos, en la boda de Caná, María no busca el lugar de honor que podría haber ocupado por ser la Madre del gran profeta, sino que se va junto a los criados, a cuidar por el bienestar de los invitados. Ella se preocupa también de que nada material les falte.

Y hoy nos dice a nosotros lo mismo que dijo a los criados de Caná: “Haced lo que Él les diga”. Y sabemos lo que Cristo nos dirá: “Amen como yo amé, aprendan a compartir”.

El nuevo milagro de Caná, será el de la transformación de nuestro egoísmo en solidaridad.

Queridos hermanos, compartamos generosamente con nuestros hermanos necesitados. Entonces vamos a descubrir, sin duda, la alegría y la riqueza de la solidaridad cristiana. Y, además, vamos a ayudar eficazmente en la construcción de un país mejor.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt